

DESCUBRIMIENTOS

ACTO I

“Ainara”

—¡Ainara! ¡Ainara Aquila Mariana!

Silencio.

—¡Ainara Aquila Mariana! ¡Si no te levantas ya, voy a subir a buscarte yo misma!

La voz de su madre resonó en su cabeza y en las paredes del dormitorio y salió disparada por la ventana abierta.

Ainara hizo una mueca de fastidio y apartó de mala gana la sábana gris que la cubría.

El sol aún no se colaba por el agujero que era la ventana de su dormitorio. Era muy temprano. Los jilgueros y los ruiseñores alborotaban la incipiente mañana.

Parpadeó y contestó a su madre:

— Ya voy, mamá...

Su voz, por lo general dulce y clara, sonó aflautada y atípica. ¿Qué extraño? , pensó, y se llevó la mano al cuello para frotarlo.

— ¿Estás enferma? —preguntó su madre desde abajo.

— No, mamá, no estoy enferma —respondió con pocos ánimos.

Carraspeó. No le dolía la garganta ni el pecho.

— Bien. Baja ya. Tía Ailina llegará en cualquier momento y quiero tenerlo todo preparado.

¡Oh, sí! ¿Cómo lo había olvidado? Hoy llegaba Tía Ailina de tierras lejanas. Al menos, eso les había anunciado el buhonero la semana pasada.

La niña se levantó, se quitó el viejo camión de lino y lo sustituyó por un tosco vestido de hilo grueso. Era la única prenda que tenía para vestirse durante la época de “Entrefríos”. Su familia era muy pobre. Prácticamente todo el pueblo era muy pobre. Pero eso no era un consuelo para ella. Quizás la nueva Emperatriz solucionase ese problema y mejorase las condiciones de vida de sus súbditos. Aunque ella era práctica y realista y no lo creía así. Desconfiaba de los poderosos, tan lejanos en sus mansiones. Su madre tenía más esperanzas y confiaba más que ella en que la nueva gobernante atendería las súplicas del pueblo. Pero Ainara, desde luego, no pensaba así. Para empezar, el primer cambio había sido malo para ellas puesto que se habían llevado a su padre.

El vestido parecía haber menguado durante la noche. Le llegaba por encima de las rodillas. ¿Había crecido durmiendo? Su piel blanca contrastaba con el gris sucio del basto tejido.

Se sentó en la cama y se calzó las sandalias gastadas. A continuación, arregló aquella con diligencia.

El brillo del amanecer flotaba en la ventana. Echó un vistazo al cielo encendido y suspiró. Era hora

de bajar y comenzar la jornada.

Su madre hacía mucho ruido. Crujían los platos en la cocina. ¿Qué demonios haría?

Las escaleras empinadas gruñeron con sus pasos mientras bajaba.

— ¡Ah, estás ahí, Ya era hora! —dijo su madre antes de darle los

buenos días. Removía una cazuela con un palo de madera. El aroma que despedía el guiso olía deliciosamente.

— ¡Potaje! —exclamó Ainara, y se abalanzó sobre la espalda de su madre.

— Y no es cualquier potaje, Ainara.

— ¡Potaje con carne! —gritó entusiasmada. Una sonrisa de satisfacción iluminó sus ojos oscuros.

En las casas de los pobres, la carne era un lujo del que, en contadas ocasiones, podían disfrutar. Únicamente en días de celebración o en la fiesta anual, gastaban el crédito suficiente como para comprar un pedazo de carne con que adornar la cazuela. El regreso de Tía Ailina bien lo merecía.

— ¿Vuelve papá? —le preguntó la niña mientras satisfacía su curiosidad mirando la olla.

— ¡Qué más quisiera yo! - La madre colocó otro leño bajo el caldero. El fuego se reavivó—. Ainara, remueve tú el guiso... voy a hacer cuajada.

— ¡Cuajada!

Aquello era demasiado. En el mismo día, dos manjares que no se podían permitir el resto del año. ¡Potaje con carne y cuajada! ¿Qué ocurría, aparte de que la Tía Ailina regresara de la gran ciudad de Adentor? Ainara era bastante suspicaz y algo desconfiada.

— ¿Qué ocurre, mamá? —se atrevió a preguntar mientras esta abría una alacena y sacaba varios cuencos de madera.

— Nada especial... —respondió, pero Ainara supo que mentía. Los ojos soñadores de su madre se desviaron mientras contestaba. Si no quería decirle el motivo era asunto suyo. Ella era bastante pragmática y se contentaba con disfrutar de lo que la realidad le ofrecía día a día.

Mamá era diferente. En sus ojos verdes y brillantes siempre latía una chispa de ilusión y fantasía, como si esperase todo lo bueno por llegar de la vida.

Ella no era tan emotiva. Era más bien austera y de pensamiento práctico y sencillo. También era imaginativa y ocurrente, pero pisaba el suelo y miraba por donde caminaba. No era tan locuaz como su madre, y las palabras se le enredaban en la lengua cuando quería hablar rápido y no hilvanaba bien las ideas. Tenía una infancia tranquila, pero la escasez en la que vivían le hacía desdeñar pensamientos fantasiosos, irreales o ambiguos.

Mientras removía el guiso se le ocurrió que Tía Ailina podría traer noticias de su padre. ¡Claro, ese debía de ser el motivo de tanta alegría de mamá!

— ¿Tía Ailina traerá noticias de papá? —preguntó esperanzada.

— Eso espero, hija. —La mujer vertió la leche caliente en los cuencos que tenía repartidos sobre la mesa—. Tu padre lleva dos meses de viaje con el Antemagistrado Dorios y puede que hayan ido a Adentor a la Coronación de la Emperatriz. Si han estado allí, Tía Ailina lo sabrá. —Detuvo el movimiento del recipiente con el que llenaba los cuencos y su mirada se posó en el infinito.

El padre de Ainara era un buen Guardián de las Bestias y su oficio le hacía imprescindible en los desplazamientos del Antemagistrado al que servía.

— Esperemos que el viaje acabe pronto, mamá —dijo la niña para aliviar la desazón de su madre.

Ainara añoraba a su padre. Mientras hacía rodar la carne, las lentejas, los garbanzos, las berzas, las patatas, la col y las zanahorias en el puchero, sus pensamientos volaron hacia la tierna rudeza de sus manos, a sus abrazos de oso, a su calma silenciosa, a su contundente presencia.

— ¡Este oficio de papá...! —se quejó la niña.

Aunque era habitual que las obligaciones del Antemagistrado le llevaran a emprender largos viajes, ninguno había sido tan prolongado como este. Llevaban, exactamente, setenta y cuatro días de ausencia. Los tenía bien contados.

— El oficio de tu padre nos da de comer, hija.

— Sí... pero la naturaleza le hubiera podido otorgar otra capacidad...

— ¿Cómo cuál? ¿Como volar? —preguntó con ironía.

La madre alineó los cuencos llenos mientras buscaba unas hierbas en un tarro de arcilla.

— ¿De qué serviría volar? ¿Nos daría de comer? —Ainara pensaba en asuntos más mundanos y prácticos.

— No lo sé, hija... la capacidad desarrollada por tu padre le hace comprender la naturaleza de las bestias, su docilidad o su fiereza... no sé si eso es mejor que volar. —Cogió las hierbas y las espolvoreó sobre los cuencos de leche.

Ainara pensó en el mecanismo mágico que poseía su padre. Los animales se sentían cómodos en su presencia y se volvían obedientes y tranquilos. No había caballo indómito o buey enojado que no se sosegase bajo el apaciguador sonido de sus palabras. Incluso una vez calmó a un perro rabioso que había matado varias ovejas y amenazaba al pastor. Su influencia también llegaba a las bestias salvajes del bosque. Con semejantes capacidades, no era de extrañar que el Antemagistrado lo llevase siempre consigo cuando emprendía cualquier viaje, tanto por parajes conocidos como desconocidos. A su padre no había lobo ni gato salvaje que se le resistiese.

Era un fastidio tener un padre así. Siempre tenía que obedecer las órdenes del Antemagistrado y se ausentaba durante muchos días, dejándolas solas y añorando su presencia. A cambio, claro está, les traía noticias de otras ciudades y les narraba los sucesos que había vivido, o les contaba cuentos nuevos que había escuchado en boca de juglares o transeúntes con los que compartía el camino.

Keplum, el gato manchado, se deslizó por la cocina con indolente tranquilidad.

Ainara lo miró y le sonrió.

— ¡Ya vienes desayunado! —exclamó contenta.

El animal se le acercó, frotó su lomo suave contra las pantorrillas de la niña y se alejó hacia el otro lado de la habitación. Tenía unos ojos verdes, intensos e inteligentes, como ningún otro animal de su especie.

La luz crecía tras los cristales. En el huerto, Ainara vio las cañas en las que se enredaban las judías. Después las regaría. Tenía sus tareas, todos los días. Cuidar de las plantas era una actividad que le gustaba. Las flores, las plantas, los árboles, la fascinaban. Le regalaban sus colores, sus aromas, sus frutos y sus sombras, la leña con que se calentaban en los duros inviernos y les permitían alimentarse, construir casas o embarcaciones. Y todo a cambio de nada. Ainara se había dado cuenta de que con un poco de cuidado y cariño las plantas crecían mucho mejor, sus colores eran más vivos y sus frutos más dulces.

Hoy cortaré las berenjenas, pensó. Tenían buen tamaño, su piel oscura relucía y las cambiaría bien en el pueblo. Quizás el panadero le diera unos buenos dulces. Sabía que a Angus le gustaban sus berenjenas y que las usaba para rellenar pasteles salados.

Tras las cañas observó la luz dorada del amanecer tiñendo las hojas del roble. Parecía que un velo de oro lo envolviese. Dejó de remover y se quedó ensimismada pensando en la belleza del sol y del árbol, y en lo efímero de ese momento.

Su madre reclamó su atención.

— Ahora nos toca desayunar a nosotras.

Sobre la mesa había apartado dos cuencos en los que humeaba leche caliente. A su lado había dispuesto dos manzanas rojas.

Ainara dejó el palo apoyado sobre el borde de la olla y se sentó en una vieja silla de madera.

Leche y manzanas no eran un desayuno habitual, pero eran mucho más apetecibles que las sobras de sopa de la noche anterior.

—¿Tía Ailina ha estado mucho tiempo en Adentor, ¿verdad, mama? —preguntó entre mordiscos.

—Sí... creo que más de un año

— Allí habrá aprendido mucho. El pueblo agradecerá una Dama de las Hierbas como ella.

— Seguro. Tía Ailina ya conocía muchos remedios antes de irse, pero ahora, a buen seguro, conocerá muchos más. Puede que te tome como aprendiz, hija.

Ainara bebió del cuenco mientras pensaba. No le apetecía nada estar a la sombra de su tía, aunque el trasiego de plantas, flores, hojas y brotes era una actividad que no le desagradaba.

— ¿No te gustaría aprender sus secretos? —inquirió su madre al observar que la niña no respondía como cabía esperar.

— No sé, mamá. —En realidad no estaba segura de que le gustase estar entre pucheros, redomas y cuencos, preparando soluciones, jarabes e infusiones curativas.

— Pues es un buen oficio y te puede ayudar a recorrer mundo... —La mirada soñadora de su madre volvió a sus ojos verdes.

— ¿Cómo a papá?

La mujer cerró los ojos. El comentario le había dolido. Ainara no pretendía hacerle daño, pero sus palabras le habían recordado lo sola que se sentía sin su marido.

— Mamá, no pretendía...

— No, hija, no te preocupes. —La mujer ocultó su mirada bajo el cuenco de leche.

— Mamá... si quieres... aprenderé con Tía Ailina los secretos de las plantas

— Hija... solo quiero lo mejor para ti... —dijo su madre dedicándole una triste sonrisa de resignación.

Keplun se levantó, irguió el rabo y reclamó un pedazo de manzana.

Ainara se lo acercó y el gato se lo zampó de inmediato.

Habían acabado de desayunar y ya era completamente de día.

— Yo me ocuparé del guiso, vete a tus tareas —dijo la madre mientras recogía los cuencos vacíos.

La niña recogió en sus manos los restos de manzana y salió al exterior. La puerta se lamentó al salir.

El día era fresco. La luz azul del cielo la hizo parpadear unos instantes. El roble vibraba verde y alto.

Bajó las dos escaleras y se acercó al corral de las gallinas, que se acercaron al murete de piedra. Ainara abrió la portezuela y les tiró los restos de manzana. Las aves se abalanzaron sobre los pedazos como avaros sobre el oro.

Luego se dirigió al pozo. En el agua vio reflejado su rostro y el óvalo de cielo azul que caía dentro. Llenó el cubo y se dispuso a regar las plantas.

Tenía pimientos, acelgas, judías verdes, berenjenas y tomates. Únicamente se permitía una mata de *bosquezuelas*, flores de vivos colores carmesíes, para alegrar la casa. Todo lo demás eran plantas comestibles.

Arrancó malas hierbas y quitó algunas hojas marchitas. Las berenjenas estaban exuberantes. Cosechó tres buenos ejemplares. Iba a conseguir buen cambio con ellas.

Se lavó las manos manchadas de tierra en el cubo y lo vació en las flores. Siempre era lo último que cuidaba. Primero las obligaciones, después los caprichos.

Las gallinas armaron un buen jaleo cuando les llevó agua. Últimamente estaban muy nerviosas.

Cuando acabó las tareas de cuidado del huerto, el sol ya iluminaba el prado que circundaba la vieja

casucha de madera y piedra, ubicada a unos trescientos metros del pueblo, rodeada de trigales que se sucedían en suaves colinas como caparazones de tortuga. Era un edificio decrepito y humilde, que su padre no podía arreglar por imposición de las autoridades, pero que les pertenecía y por el que no debían pagar tributo a nadie.

Entró en la casa. El aroma del guiso inundaba la cocina. Kemplum dormitaba en un rincón.

Su madre remendaba un jubón dorado y de buena calidad. Obviamente, no era suyo. Era buena costurera y cosiendo para los señores ricos del pueblo se ganaba unas cuantas “piedras rojas” que las ayudaban a vivir.

— ¿De quien es ese jubón tan bonito? —preguntó Ainara observando los brocados relucientes que destellaban a la luz del fuego.

— Inquerin me lo trajo ayer para que lo arreglara. Le va estrecho a su hijo y quiere lucirlo en la próxima fiesta de Verano.

— Nunca pensé que un simple pescador pudiera tener una pieza tan bonita —dijo Ainara acercándose al guiso para observar su aspecto.

— Cuando las redes tienen suerte, los peces entran sin freno.

— Tal vez Inquerin tenga algún toque mágico. —Ainara no creía que la suerte tuviera nada que ver con las buenas capturas.

— Su padre no lo tenía y su abuelo... creo que tampoco. Él, no sé... si acaso lo tuviera, el Subordinado ya lo sabría y le haría pagar el tributo, ¿no crees?

Ainara suspiró. El tributo. Siempre el tributo. Era como una maldición. Todo aquel que tuviera una capacidad mágica debía abonar el tributo, bien fuera con su trabajo o con el regalo de sus bienes. El Antemagistrado se ocupaba de que así ocurriera y, en su ausencia, el Subordinado era quien cuidaba del cumplimiento de esta ley fundamental para la comunidad.

— Bueno, mamá, creo que llevaré las berenjenas a Angus. Tienen muy buen aspecto y quizás pueda conseguir dos buenos panes. Tía Ailina estará muy contenta: potaje de carne, cuajada y buen pan... ¡Todo un banquete!

— Bien, pero no tardes. No sabemos cuándo llegará Tía Ailina.

— Me voy. Vuelvo enseguida.

Keplum levantó la cabeza al escuchar estas palabras, miró a la niña con desgana y luego, indiferente, volvió a cerrar los ojos y se acurrucó en su rincón.

Ainara salió contenta, cosechó las berenjenas lustrosas, abrió la portezuela de la valla que rodeaba la casa y el huerto y tomó el camino hacia el pueblo.

Pasó junto al roble en el que se guarecían los jilgueros y miró los dos limoneros que había junto al sendero. Sus frutos aún estaban verdes. Cuando estén maduros prepararemos “Agualimón”, pensó.

Los trigales se ondulaban en las colinas. Algún pino gigante, como un centinela de plata, vigilaba

los campos.

Las piedras crujían bajo sus pisadas. Un riachuelo bordeaba el camino hasta hundirse en la tierra. Levantó la mirada y divisó un azor volando en lo alto. Había nubes rotas como velas fantasmales navegando en el cielo azul.

El Árbol del Luto estaba a la entrada del pueblo. Era un imponente pino gigante, majestuoso y noble, como correspondía a su cometido. Sus agujas se habían teñido de púrpura tras la muerte de la Emperatriz y todas las gentes de bien del pueblo habían caminado bajo sus ramas para rendir pleitesía a su memoria.

Ainara recordaba con franco desagrado los tristes pensamientos que había tenido el día que anduvo bajo sus ramas. Fue como un abatimiento general, incomprensible y momentáneo, que le dejó un regusto amargo en el corazón y en la lengua.

— Eh, Ainara, ¿qué llevas ahí? —preguntó la primera mujer que encontró.

Era una señora gruesa que llevaba una cesta repleta de ropa seca y que iba en dirección contraria. Vestía faldón ancho y una camisa anudada a la cintura.

—Mire, Gracia —respondió con respeto—, llevo estas berenjenas al panadero. ¿Cree que me recompensará bien?—. Se las mostró con una sonrisa de satisfacción.

La mujer se detuvo, las miró y le sonrió:

— Tienen buen color, son grandes y seguro que sabrán mucho mejor... no las cambies por menos de tres panes. Angus es un ladrón.

— ¡Ya me gustaría a mí que me diera tres panes!...

— Pues, tienes que saber que te está robando si aceptas menos de esa cantidad... — le alertó la mujer, que continuó su camino tras un breve saludo.

El suelo de tierra se transformó en uno de losas grises. Era la entrada al pueblo. Las casas que formaban la calle estrecha tenían las fachadas de piedra decrépita y estaban salpicadas con ventanas de marcos de madera envejecidos y puertas pequeñas sobre dos peldaños de escalera. Una mujer regaba con un cubo varias macetas de rosas y rompecorazones. Cuando pasó por su lado, la saludó con educación.

Llegó a una plaza cuadrada orillada por arcos y soportales. En medio, había una Fuente Silenciosa coronada por la estatua de la difunta Emperatriz en cuyo rostro de piedra rezumaba la humedad. Sobre los soportales, los tejados de pizarra crecían en suaves pendientes.

Un hombre enjuto y de mirada escurridiza la observó cuando pasó por su lado. Él llevaba una cesta con berenjenas blancas, mustias y pequeñas, nada comparables a los preciosos ejemplares que ella llevaba. Un brillo de envidia cruzó sus pupilas grises.

Ainara alcanzó la panadería. Entró. Dos mujeres hablaban con un hombre. Había varias cestas rebosantes de panes en la estrecha sala.

El hombre la vio. Era regordete y calvo. Llevaba la camisa arremangada y un delantal blanco sobre

su abundante abdomen.

— ¡Vaya, qué preciosidades! —exclamó Angus.

Caminó hacia Ainara con las manos por delante, impaciente por agarrar las tiernas berenjenas que la niña llevaba.

— ¡Si que tienen buen aspecto! —dijo una de las mujeres. Llevaba el cabello cubierto con una redecilla plateada. Ainara no la conocía. Eso ya era raro, pensó. Ella conocía a toda la gente del pueblo, pues una de sus tareas principales era llevar mensajes a sus maridos cuando estos trabajaban en los campos y se ausentaban varios días.

— ¡Te las cambio por cuatro panes! —Ainara aprovechó la ocasión que se le brindaba.

Angus hizo una mueca de descontento.

— ¡Dos!

— ¿Dos? —Ainara puso gesto de enfado.

El panadero miró a la mujer que había hablado y suspiró.

— Bueno... ¡tres!...

Ainara parecía indecisa.

El panadero se desesperaba.

Ainara no sabía el porqué, pero era evidente que éste no quería quedar como un estafador y un aprovechado delante de aquella mujer. Sabía que su mejor arma era el silencio. El panadero caería por su propio peso.

Angus titubeó, pero, tras unos instantes de incómodo silencio, frunció el ceño y de su boca estrecha salieron las palabras que Ainara esperaba escuchar:

— Esta bien... cuatro... ¡esto no es justo!

La mujer de la redecilla esbozó una sonrisa.

Ainara le dirigió una mirada de agradecimiento. Le dio las berenjenas al contrito panadero y eligió cuatro panes.

— ¡Me los guardas, Angus! —le rogó. Se sentía tan satisfecha que quería ir a ver a Timonel, el Guardarrío. Tal vez podría negociar un viaje en barca a cambio de uno de los panes. Nunca había estado en la otra orilla del río y desde el pueblo se divisaban bosques de abetos frondosos y montañas espléndidas en las que quizás encontraría hierbas raras con que obsequiar a Tía Ailina. Sería su regalo de bienvenida. Un regalo magnífico a su entender.

— ¿Dónde vas?—le preguntó el panadero.

— Tengo cosas que hacer en el río —respondió mientras salía de la panadería apartando la tela gastada que cubría la entrada. Sonrió a las señoras y se marchó.

Al salir vio a los jinetes.

Se habían plantado en mitad de la plaza. Sus grandes caballos se movían con impaciencia,

nerviosos como animales ante una batalla. Llevaban las crines y las barbas trenzadas, un manto adornaba sus costados y erguían la cabeza, orgullosos.

Los jóvenes que los montaban reían y discutían sobre algo. Llevaban arcos a la espalda y espadas cortas enfundadas en cuero al costado. Uno era rubio y bien parecido, los otros, morenos y de rostros vulgares.

Ainara reconoció entre estos últimos al hijo del Antemagistrado y se detuvo. Trató de volverse pero ya era tarde, éste la había visto.

— ¡Vaya, la gacela! —dijo mientras dirigía la montura hacia ella.

Ainara le miró con ira. ¿Por qué la llamaba así?

— ¡Eh, no te enfades! —Sus ojos oscuros la miraron con condescendencia.

— ¿Qué te he hecho yo para que me llames así?

— ¡Nada! Pero me gusta.

— Pues a mí, no. Me llamo Ainara Aquila Mariana. Utiliza cualquiera de mis tres nombres... no me llames por quien no soy.

El muchacho la miró con suficiencia, cabeceó, e iba a replicar, cuando el joven rubio se le aproximó.

— Déjala, Antón... solo es una niña de diez nieves.

— ¡Once! —replicó Ainara.

— ¡Qué más da diez que once!

— ¡A mí me importa! —se enojó la niña.

— ¡Bah, vámonos! —dijo con desprecio el joven rubio.

Antón parecía divertido. Observó cómo su compañero giraba la montura y se dispuso a seguirle. A modo de despedida, dijo:

— ¡Once nieves de hermosa gacela! —Luego, rió con ganas mientras se alejaba de la mirada iracunda de Ainara.

La niña les dio la espalda. ¡Imbéciles!, pensó. Antón no debía de tener más de quince nieves y ya se creía el dueño del pueblo. Era el hijo del Antemagistrado, pero eso no le daba derecho a hablarle de aquella manera. Cuando la llamaba “gacela”, sentía crecer en su interior una llamarada de furia.

Pasó junto a unos hombres sin darse cuenta, ensimismada y cabizbaja. Bajó por la calle del Muelle y observó la pendiente que conducía al embarcadero. El río hervía bajo las viejas maderas de la pasarela.

Pisó los maderos y se acercó a donde se encontraba el Guardarrío.

El hombre estaba sentado sobre los tablones sujetando una cuerda. Parecía ensimismado contemplado las aguas rápidas del río.

Ainara observó la falda de la montaña verde en la que nunca había estado. La otra orilla estaba tan cerca y tan lejos, suspiró.

— ¡Oye, Timonel! —dijo cuando se situó a su lado.

El hombre levantó la cabeza y la miró molesto por la distracción.

— ¡Ah, eres tú Ainara! ¿Qué quieres?

— Me preguntaba cuánto costaría que me llevaras a la otra orilla... —expuso zalamera.

— Más de lo que tienes - respondió y regresó su mirada al agua.

— ¿Cuánto?

El hombre no respondió.

— ¿Con un buen pan bastaría?

Timonel no respondió, pero el movimiento de su mano al tensar la cuerda lo delató. Era un buen precio, supo Ainara.

— Eres lista, muchacha. Trae el pan y te llevaré al otro lado. Pero deberás esperar a que se calme el río.

— ¿Hay demasiada corriente? —se disgustó la niña. Ella quería ir hoy a buscar hierbas raras.

— Si. ¿No lo ves? Observa la señal.

La señal era un palo enhiesto en mitad del río en el que chocaba la corriente y levantaba un poco de espuma. Lo había visto cientos de veces. Tenía grabados sobre la superficie unos extraños dibujos circulares que nadie comprendía. Se decía que Hombres Antiguos, anteriores a la fundación del pueblo en la orilla del río, lo habían colocado allí, aunque nadie supiera con qué finalidad. Timonel observaba el agua al golpear el palo y decidía, según su propia experiencia, cuándo era posible navegar con su pequeña barca hasta la orilla opuesta.

Pero aquel día algo cambió en la vida de Ainara.

Observó el agua que lamía la antigua madera, miró los símbolos despreocupada y, de inmediato, se estremeció.

— “Niebla del Amanecer, Galera Sagrada” —leyó.

— ¿Qué demonios dices? —se malhumoró Timonel, que no había entendido nada.

Ainara temblaba. Había escuchado lo que había dicho el Guardarrío, pero no se había atrevido a responderle. Se giró y se marchó a la carrera dejando perplejo al pobre hombre.

Subió la pendiente hacia la plaza lo más rápido que pudo. Jadeaba. El corazón le palpitaba en las sienas. Miró la Fuente Silenciosa, con su estatua altiva, el rostro severo. Aún se estremecía.

Una mujer la vio y le preguntó:

— ¿Estas enferma?

Seguramente lo estaría. Estaba pálida, temblaba y sentía un miedo irracional y profundo. No podía responderle nada a aquella señora. No. Porque sabía, en lo más íntimo de su corazón, que había leído los símbolos antiguos grabados en el viejo palo del río, y eso no era bueno.